

PERIFERIAS IMPERIALES Y FRONTERAS COLONIALES EN HISPANOAMÉRICA

Margarita Gascón. Buenos Aires:
Dunken, 2011. 256 pp.

Rubén Darío Serrato Higuera

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Colombia

En comparación con las fronteras coloniales, las áreas periféricas han sido relegadas por su aparente condición de territorios sin valor. La historiografía que ha abordado el problema del espacio en el periodo colonial hispanoamericano ha dirigido su atención a los procesos históricos que tienen lugar en las regiones centrales del continente. Sin embargo, estos sucesos pueden ser interpretados de manera diferente según la escala espacial que se utiliza para considerarlos. Este enfoque se plasma en el trabajo de Margarita Gascón, titulado *Periferias imperiales y fronteras coloniales en Hispanoamérica*. El libro tiene como objeto de estudio los extremos territoriales del sur y el norte de América, y se ocupa tanto de las periferias imperiales como de las fronteras coloniales. Para ello, la autora busca retroceder hasta el siglo XVI, con el fin de rescatar aquellos momentos y coyunturas que desencadenaron la configuración del espacio en la periferia¹. Esta organización, durante el periodo colonial, fue un producto del poder monárquico, cuyas acciones tenían el fin de controlar, atacar y defender territorios clave para el comercio imperial.

1 La autora entiende por *configuración del espacio* la articulación de una población o de un grupo humano con su entorno, así como el aprovechamiento de los recursos que allí se puedan encontrar. Los intercambios de bienes, servicios y rutas comerciales también influyen en la representación que hicieron aquellos grupos de su espacio. Esta idea ha sido frecuentemente trabajada por la llamada historia ambiental, campo de estudio que da a los historiadores un amplio margen de acción, puesto que este tema se ha trabajado principalmente desde la perspectiva de la geografía.

La frontera se convirtió, tanto para la historiografía que aborda el periodo colonial como para aquella que enfoca su atención en las repúblicas tempranas, en un valioso objeto de estudio en relación con el cual se podrían explicar diversos fenómenos sociales, culturales, económicos y políticos; en especial, el de la frontera interétnica, que de alguna manera traza un límite entre aquellos centros de población imperial fundados por los conquistadores y los antiguos establecimientos precolombinos. Según la autora, la frontera es diferente a la periferia. La primera ha estado constantemente presente en aquellos estudios que indagan sobre los procesos históricos de continuidades y rupturas, que ayudan a explicar el paso del periodo colonial al republicano. La periferia ha sido vista hasta ahora como un espacio inerte, probablemente despoblado y culturalmente atrasado. Se podría definir como aquellas zonas culturalmente atrasadas, habitadas en su mayoría por nativos y que no tenían hasta entonces una marcada presencia colonial.

El texto busca establecer no solo la diferencia entre periferia y frontera, sino cómo varían estos conceptos cuando se estudian a escala colonial y a escala imperial. Por ejemplo, una periferia podía ser vista como un espacio sin recursos, atrasado y deshabitado, desde el punto de vista colonial. Sin embargo, si se trabaja desde una perspectiva imperial, crece su valor, ya que, entre otros factores, la periferia podía ser utilizada como zona militar y así contribuir a la defensa del imperio. Por tanto, afirma la autora, el espacio imperial incluía zonas estratégicas que en efecto se encontraban poco pobladas y que podían entenderse como culturalmente atrasadas cuando se las consideraba en el contexto colonial.

Una clave fundamental para entender la configuración del espacio colonial a escala imperial es comprender su relación con las políticas de protección del territorio. Gascón trae a colación el caso de la Araucanía, región que la corona accedió a militarizar después de conocer el devastador efecto de los levantamientos indígenas. Este suceso, que afectó una zona periférica, se debe entender desde el punto de vista tanto imperial como colonial. Es decir, esta lucha local se convirtió en una amenaza cuando se evaluó según el interés del imperio, ya que puso en cuestión el esquema defensivo utilizado hasta ese momento.

El hecho realzó la debilidad de la corona para defender sus propias fronteras, acrecentó su temor ante la posibilidad de otro levantamiento de igual envergadura, y así desestabilizó el poder autónomo que ejercía el rey. Además, este tipo de conflictos no se produjeron únicamente en la zona sur del imperio, sino que en el norte, en la frontera de la Nueva España con los territorios chichimecas, también surgieron hostilidades que la corona debió enfrentar, ya que si estos alzamientos tenían éxito, podían vulnerar prácticamente todos los frentes territoriales periféricos y derrumbar el aparato defensivo construido durante más de cien años.

La periferia representaba un peligro no solamente en relación con los grupos nativos de estas regiones, sino por los constantes ataques de otros imperios colonizadores, como el holandés y el inglés, en zonas distantes, bajo el argumento de que no había dominio sin ocupación. Claramente, la legitimidad de estos imperios también se pondría en cuestión, ya que desconocían del todo la soberanía de los pueblos nativos considerando sus tierras como “vírgenes”. Además, explica Gascón, el hecho de llegar a un lugar, recorrerlo y cartografiar algunas zonas ya era motivo suficiente para considerar a dicho imperio como su respectivo colonizador.

Así pues, es claro que la corona española tuvo la suficiente evidencia empírica como para entender sin mayor reparo que la fortuna de su imperio presuponía una estabilidad en el esquema defensivo, el cual debía incluir necesariamente las lejanas periferias tanto del sur como del norte. La configuración del espacio imperial tenía que contemplar de manera forzosa la configuración de una existente frontera colonial, puesto que el territorio imperial encontraba sus límites tanto en la frontera como en la periferia, en la medida en que era allí en donde se desarrollaba su expansión en la búsqueda de ampliar el poder y el territorio.

Posteriormente, Gascón estudia el caso del Virreinato del Perú y cómo marcaron su suerte y la configuración de su espacio imperial las circunstancias que tuvieron lugar en solo veinte años, a finales del siglo XVI. Una de las mayores preocupaciones de estos años para la corte provino de los barcos de guerra holandeses, que atacaban con frecuencia los puertos de embarque donde se encontraban los tesoros que serían enviados a la metrópoli. Aparte de esta amenaza exterior, el problema aumentaba con

la creciente ola de rebeliones interiores protagonizadas por los nativos insurgentes que se encontraban en las zonas periféricas.

La necesidad de enviar ejércitos y encontrar nuevas rutas menos peligrosas —como en su momento lo fue la que conectaba de manera más directa a España con Chile, pasando por poblados como Buenos Aires, Córdoba, San Juan y Mendoza— terminaría por configurar el espacio imperial en el sur del continente. Esta periferia se articularía directamente al espacio imperial. Los Habsburgo ya tenían experiencia y sabían que sus enemigos buscarían debilitarlos por aquellas zonas desprotegidas y vulnerables, y con mayor razón a través de áreas donde existieran grupos de indígenas con ánimos de levantarse contra el poder colonial. Así, todo proceso que buscaba una defensa efectiva del espacio periférico impactaba directamente la política imperial.

Pensando en ampliar la frontera imperial hacia la periferia colonial, los españoles continuaron penetrando al sur de Chile en busca de recursos. Lo que se propone entonces Gascón es analizar cómo estos hechos locales, además de impactar en el ámbito colonial, repercutieron en el espacio imperial, pues el frío, la fertilidad de la tierra para la producción de alimentos, los supuestos yacimientos de oro y plata que se encontrarían fueron algunas de las características del vasto territorio chileno que llevaron a los españoles a avanzar y conquistar nuevos espacios periféricos.

Aquí, el territorio espacial se convirtió en un punto de referencia para la nueva configuración político-territorial que establecerían los conquistadores españoles. Los caminos imperiales se extendieron tanto como la naturaleza lo permitió. La fundación de nuevas ciudades se realizó teniendo en cuenta la cercanía de los recursos naturales y la facilidad de acceso a ellos. Estas ciudades, como San Juan, San Luis, Mendoza, Santiago, entre otras, se transformarían en los mojones de la frontera tanto imperial como colonial.

Todas las ciudades se fundaban en relación con una utilidad espacial, el transporte de recursos desde estas periferias hacia la metrópoli. De igual forma, según Gascón, buscaban facilitar el transporte de tropas

de unas zonas a otras. La situación a cada lado de la cordillera de los Andes era diferente. A escala colonial, en la zona de Buenos Aires y Cuyo, el poder real se encontraba fragmentado debido a las difíciles condiciones espaciales, a diferencia de lo que sucedía en la Araucanía. Esta periferia imperial se fundamentaba en la protección y militarización de la región, lo cual fortalecía la presencia española. En la zona oriental, el poder real buscaba imponer sus leyes y corregir la creciente ineficiencia de la administración local. Sin embargo, para la autora, lo realmente relevante de estos hechos locales surge cuando se estudian dentro de un marco interpretativo imperial, de mayor proporción geográfica, en cuyo contexto la corona priorizaba los intereses defensivos en el espacio ocupado.

Así, afirma que es en esta configuración territorial donde se pueden entender de mejor manera las tensiones y conflictos coloniales e imperiales. Con una reducción de la escala, en términos geográficos, mas no personales, como lo entienden los miembros de la escuela microhistórica italiana, es más sencillo comprender cuáles eran los conflictos internos del imperio enfocándose en las periferias del territorio.

El esquema defensivo establecido por la corona española en la zona sur del Virreinato del Perú también se puede abordar desde las dos perspectivas trabajadas por Gascón. Esto permite calificar aquel sistema como robusto y frágil a la vez, dependiendo de la óptica con que sea estudiado, colonial o imperial.

La robustez era característica del plan imperial, que había llevado a una gran movilización de hombres, armas y caballos en pro de la defensa de las rutas comerciales entre la península y el sur de América. Sin embargo, el aumento de tropas acrecentaba la demanda de alimentos. Cuando ni Santiago ni el virreinato podían responder a las necesidades del ejército, los gobernadores locales tenían que acudir a los nativos. Estos, sabiendo bien que sin recursos básicos no hay guerra posible, utilizaron a su favor el control de los alimentos, agua, tierra y demás, con lo cual debilitaron el poder local de las autoridades españolas, causando una profunda inestabilidad en el sistema defensivo colonial.

En este punto del argumento, Gascón estudia varias expediciones militares en relación con las cuales se organizaban fructíferas redes comerciales que tenían mayor impacto en el ámbito imperial que en el colonial. La situación es compleja, puesto que el contexto europeo en la primera década del siglo XVII hizo que la corona española tomara medidas defensivas que tendrían repercusión en otras latitudes. El Atlántico sur, hacia 1640, se convirtió rápidamente en un mar holandés, por lo que para España el peligro volvió a ser hemisférico, continental y global. Además, el avance de los portugueses en las décadas posteriores inició una reconfiguración de aquel espacio imperial que había surgido a finales del siglo anterior.

El libro termina con una comparación entre el caso previamente expuesto y el del otro extremo periférico del Imperio español: la provincia de la Florida en el siglo XVII. Este caso no es muy diferente. La expedición de Hernando de Soto de 1539 había dependido del maíz de los indios durante sus exploraciones. La Florida no era una tierra tan rica como la encontrada en el sur del continente, pero era perentorio defenderla del Imperio francés instalado en el norte, en la medida en que era una ruta vital hacia las minas de la Nueva España. En este espacio imperial, se repitió la fórmula de una defensa estratégica apoyada en una relación cordial con los nativos, que eran una pieza fundamental como proveedores de recursos. Así pues, afirma Gascón, la condición colonial del espacio imperial era doble. Por una parte, estaban los nativos aliados y proveedores, y por la otra, los españoles debían enfrentar las limitaciones de la geografía, el clima y los recursos a fin de mantener su hegemonía en la zona. En lo local seguía estando la clave de la articulación entre el espacio colonial y el espacio imperial. Los recursos alimentarios, la geografía, la cantidad de agua, la leña, la tolerancia de los nativos, todo ello era vital para mantener la estabilidad del esquema defensivo, tanto el imperial como el colonial.

Desde la perspectiva imperial, la escala colonial se ve limitada porque las periferias aparecen abandonadas. Sin embargo, si se amplía la mirada a un contexto hemisférico, continental y global, se puede evidenciar la importancia que tuvieron estos espacios para la corona española en conexión con cuestiones como la de las rutas y los puntos comerciales, las relaciones interétnicas y las constantes luchas con otros imperios europeos. Hoy en día

hay que tener en cuenta, así como lo tenía bien claro la corona española en el siglo XVI, que el éxito de la estrategia defensiva radicaba en la protección de estos espacios.

Los dos casos trabajados por Gascón buscan ejemplificar esta tesis. Las periferias como la Araucanía o la Florida adquirirían su máxima relevancia dentro del ámbito geográfico al contener las rutas del Mar del Sur, del Oriente y del traslado del tesoro americano hacia Europa. Eran, para la autora, periferias imperiales de escala global. Entonces, este rol dentro del esquema defensivo implantado por la corona nos permite entender y ampliar la interpretación sobre numerosos hechos del espacio y el periodo colonial.

La propuesta teórica del texto es en sí misma interesante. Sin embargo, faltaría revisar de manera sistemática cuál ha sido la producción historiográfica acerca del tema de las periferias coloniales. Gascón busca mostrar su estudio como novedoso en un área poco trabajada. Cuenta con un anexo en el que relaciona la producción historiográfica sobre fronteras y periferias, mas no profundiza en cómo ha venido siendo trabajado el asunto. Puede que en cuanto estudio de caso el texto tenga un valor significativo, pero la hipótesis que plantea ya se había estudiado. Por ejemplo, en el libro de W. D. Wyman y C. B. Croeber titulado *The Frontier in Perspective* o en el estudio de Henry Dobyns *Spanish Colonial Frontier Research*.

De igual forma, existen obras anteriores a la de Gascón que abordan casos latinoamericanos, como el artículo “Fronteras indígenas del oriente boliviano, la dominación colonial de Moxos y Chiquitos, 1675-1810”, de Daniel Santamaría, publicado en el *Boletín Americanista* de Barcelona. Estos estudios ya han tratado el problema del lugar que la periferia desempeña dentro del marco geográfico imperial.

— **A** propósito de la reseña de Rubén Darío Serrato Higuera sobre *Periferias imperiales y fronteras coloniales en Hispanoamérica*

Margarita Gascón

Conicet, Argentina

Agradezco la reseña, pues resume el libro en forma muy apropiada. No obstante, basándose en la ausencia de tres títulos (un libro de 1965, otro libro de 1980 y un artículo de 1986), el revisor desacredita la novedad de lo que en el libro se explicita como el proceso de “configuración del espacio”, en su doble escala (colonial e imperial). Con esa categoría se han analizado las particularidades de la articulación que se fue dando en periferias y fronteras a partir de finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, en virtud de variables como las amenazas externas, el rol de los nativos en cuanto proveedores, los ambientes y la producción de alimentos, entre otras.

Este núcleo conceptual, que busca reconstruir el proceso de la configuración del espacio en su doble escala, tomando en cuenta los diversos factores que fueron afectando esa articulación, es nuevo. Y lo es tanto en la formulación teórica efectuada en el libro como en su aplicación, en relación con el sur, con el Virreinato del Perú y con la Florida. Efectivamente, esta propuesta no ha sido explicitada, ni teórica ni metodológicamente, en ninguno de los tres textos mencionados por el revisor; ni tampoco en la historiografía que se ocupa de los siglos XVI y XVII en las áreas consideradas de los virreinos del Perú y de México.



Bibliografía

- Dobyns, Henry, ed. *Spanish Colonial Frontier Research*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1980. Impreso.
- Kroeber, C. B. y W. D. Wyman, eds. *The Frontier in Perspective*. Madison: University of Madison, 1965. Impreso.
- Santamaría, Daniel. "Fronteras indígenas del oriente boliviano: la dominación colonial de Moxos y Chiquitos, 1675-1810". *Boletín Americanista* 28 (1986): 197-228. Impreso.